

## De “La Montálvez”

---

Cerca de medio siglo ha pasado desde que se publicó *La Montálvez* (1888), y a esta distancia se aprecia perfectamente el aspecto parcial y apasionado de ciertos comentarios que suscitó. La clase aristocrática, que había escuchado en silencio repetidos ataques, se creyó ofendida por la novela de Pereda, sin duda porque llegaba más a lo vivo, o por la calidad del censor, y halló eco en algunos críticos. No se les ocurrió más que llamar *provinciano* a Pereda, y decirle que no conocía el medio que pintaba, por no haber frecuentado los salones.

Un año antes que *La Montálvez* se había publicado una novela del Marqués de Figueroa, titulada *La Vizcondesa de Armas*. Con referencia a ella, el propio Marqués, en un artículo que publicó sobre *La novela aristocrática (La España Moderna, septiembre 1891)*, decía esto: “...el temor a dejarme correr por la fácil pendiente de la murmuración, tan cultivada en los círculos de la Corte, puso tiento en mis manos, con lo que, recortados los ya escasos vuelos de mi imaginación, hube de quedar a medio camino.” Ciertamente que el Marqués de Figueroa procede en aquella novela con mesura y comedimiento; pero, aunque no se explane en la demostración, ya se ve que la Vizcondesa de Armas, madre, allá debía de andarse con Nica Montálvez, ya que con referencia a ella salían a relucir en la sociedad madrileña “las historietas verdes, las aventuras grises, las trampas, los escándalos, que hacían salir al rostro, al oír su enumeración, los colores de la vergüenza.” Y también comparece en el libro algún otro personaje como la Condesa del Poniente, que “llamaba principalmente la atención por su no buena vida y su

mala lengua.” De modo que, aunque el autor de *La Vizcondesa de Armas* trate más de poner de manifiesto en sus héroes las ligerezas que las maldades, no hace falta ser muy lince para descubrir también estas últimas.

¿Era mucho mejor que Nica Montálvez la Condesa de Trevia que en *El señorito Octavio* (1881) había presentado Armando Palacio Valdés, amancebada con su mayordomo y pidiendo a éste que la vengara de su marido por la muerte del *Canelo*? Valera, en *Doña Luz* (1879), había puesto a la Condesa de Fajalanza en amores adúlteros, y la Pardo Bazán, en *Los Pazos de Ulloa* (1886), hacía andar a los Pandos de la Lage entre barragánías y vilezas. Capricho de los novelistas sería; pero siempre, entre los personajes aristocráticos de sus obras, habían de introducir algún malvado o alguna cortesana.

No quiero yo decir, ni Pereda quiso tampoco demostrarlo en *La Montálvez*, porque sería enorme disparate, que todos los aristócratas fuesen de la misma laya, ni que en las demás clases hubiera mayores virtudes. Trató sólo de manifestar que, si concedemos algún valor a esos testimonios literarios, el tipo no escaseaba entre la nobleza, y que no había razón para increpar como calumniador a Pereda y no a los demás novelistas.

La misma Pardo Bazán publicó en 1889 *Insolación*, donde, según gráficas palabras de Pereda, que supo echárselo en cara, hay una marquesa “que se va de buenas a primeras con un galán, a quien sólo conoce por haberle saludado la noche anterior en una tertulia, a la romería de San Isidro; y allí se mete con él en figones y merenderos, se emborracha, etc., etc., hasta volver ambos ahitos y saciados de todo lo imaginable, para continuar viviendo amancebados *a la vista del lector*, con minuciosos pormenores sobre su manera de pecar.” Doña Emilia, contestando a esto, dijo que su marquesa era “una niñita de pecho al lado de la *Montálvez*”, y que ella no había intentado, “como el señor Pereda en su *Montálvez*, censurar a una clase entera”; pero la verdad es que la aventura de la Marquesa de Andrada, magistralmente referida, eso sí, no pasa de ser la de una pelustaña cualquiera.

Los que se lamentaban de que novelistas y autores dramáticos presentasen con tal crudeza las costumbres aristocráticas,

debieran haber tenido en cuenta que el naturalismo imperante, como observaba *Clarín*, encontraba los mismos vicios dondequiera que dirigiese su atención, fuese a las clases medias, a las proletarias, a las campesinas. No es que Pereda intentase practicar las desnudeces naturalistas, bien alejadas de su temperamento; pero su traslado vivaz y hábil llevaba directamente a las mismas consecuencias.

Ya era antiguo en los escritores, ciertamente, el afán de dirigir inconsiderados ataques a la nobleza. Nada digamos de aquellas obras escritas con fines sectarios o para halagar los malos instintos de las multitudes, como los novelones de Ayguals o *Los misterios de Madrid*, de Villergas, donde aparecían marquesas prostitutas, marqueses estafadores y duques facinerosos. Otros autores más comedidos hacían lo mismo. Así Antonio Flores, por ejemplo, se complacía en presentar, junto al pintoresco tipo de las *cucas*, otros como el de la liviana duquesa de Aguazul, enredada en tenebrosas aventuras. Y decía el autor de *Doce españoles de brocha gorda*, por medio de uno de sus personajes: "El pueblo tiene un modelo de virtudes diabólicas en nuestra moderna aristocracia."

Todo esto es exagerado. ¿qué duda cabe?; pero a tales apreciaciones no habría de sustraerse una clase social, cuando todas las demás, con mayor frecuencia aún, suministraban a la literatura sus tipos de perversidad y depravación. Y es seguro que siempre habrían de encontrarse modelos que respondiesen a la pintura.

Así se explica que, por los mismos días en que Pereda publicaba *La Montálvez*, otros escritores pensaran en ejemplares como la heroína del novelista montañés. No había de ser muy diferente aquella marquesa de quien Eusebio Blasco—nada ignorante, por cierto, de la vida aristocrática—, preguntaba en su libro *Malas costumbres*: Pues ¿qué me dice V. de la Marquesa de Casa-Botín, una mujer que, después de haber sido *la pasión* de Rodolfo, calavera casado y con hijos, y de haber mandado al otro mundo al susodicho, tísico rematado, tuvo la precaución de enamorar al señor Marqués, mi respetable amigo, un hombre acaudalado, senador, exministro, extenorio, y hombre que presume de corrido (no sé si de vergüenza)?" Y si el lector quiere

alegaciones de otra índole, puede acudir a cosa tan inocente como eran, por aquellos años de 1887, las cartas que a *La Hormiga de Oro* enviaba su corresponsal en Madrid, y en las que había continuas lamentaciones sobre la conducta de los aristócratas, que se esforzaban “por divertirse hasta perecer, o por perecer divirtiéndose.”

Indudablemente, como hace ver Hoyos y Vinent en su reciente libro *El primer estado*, aquella sociedad aristocrática se distinguió ante todo por su frivolidad. Esta misma vanidad e inconsistencia la hizo tal vez parecer más mala de lo que era. El Marqués de Figueroa, en su citada novela *La Vizcondesa de Armas*, deplora más de una vez la inferioridad de aquellos aristócratas, que ni practicaban “los hábitos e inclinaciones de sus antepasados”, ni poseían una cultura que les permitiera “prestar protección a la literatura y arte como los Weimar y los Medicis”, ni siquiera tenían “talento para la explotación y el negocio a la manera de nuestros contemporáneos los Rotschild.”

No había, pues, que descargar sobre Pereda toda la indignación. Pereda generalizó los vicios en la clase aristocrática, como podrían generalizarse en otra cualquiera. ¿Es que, en efecto, todas ellas sean tan pervertidas que no merezcan la menor exculpación? No. Es que en todas ellas hay abundantes núcleos viciosos, y nadie podía impedir a Pereda que en el de la aristocracia buscara los personajes de su novela.

No se podía negar verosimilitud a *La Montálvez*. El P. Coloma, en la carta que dirigió a Pereda, lo afirmaba sin titubeos. “Así son, en efecto, las “mujeres malas” del gran mundo, en sus tres manifestaciones diversas, Nica, Sagrario y Leticia: rara ésta; común Sagrario, porque lo vulgar siempre abunda, y más abundante de lo que parece Nica, aunque no se encuentre todas las veces con el mismo talento.” Pereda, sin embargo, tuvo en este punto pocos defensores. Aun los que con más entusiasmo elogiaron la novela—que fueron muchos y de calidad—, olvidaron impugnar la opinión contraria.

El caso de Nica Montálvez es explicable en cualquier categoría social. El *proceso* de su historia, tal como le refiere Casa-Vieja en el capítulo I de la segunda parte, y como se desprende del mismo relato novelesco, es el de tantas mujeres, altas y

bajas, como han caído en análogos extravíos. Nunca llega, a pesar de su liviandad, a despertar la animadversión del lector, porque nunca llega a ser totalmente mala. Fué la fatalidad, fué el ambiente—¿y cuándo no?—quienes la arrastraron al precipicio. El novelista se esfuerza en demostrarlo así. “Nació para buena—dice Casa-Vieja—, y aún creo que lo habría sido, a no caer entre un padre tonto y una madre sin educación y sin entrañas, y una caterva de pillos y de bribones.” Algo parecen contradecirlo aquellos *tes íntimos* que llega a dar en su casa, y en particular las anécdotas que de ella y de sus dos amigas—*las tres Gracias*— se contaban por Madrid; pero ya el novelista, al referirse a ellas, escribe lo siguiente: “No niega fundamento la Montálvez a estos rumores, pero se sacude violentamente de ciertos hechos; y quiere que conste que todos los comprobables de aquel calibre pertenecen a Leticia y a Sagrario.”

No el caso concreto de Nica, sino eso de la “caterva de pillos y de bribones”, y algo que pudiera parecer explicación de la misma idea, es lo que soliviantaba a los impugnadores de Pereda; pero ¿dónde no habrá tales catervas?

Mezquina táctica era, para demostrar la falsedad de todo ello, decir que Pereda no frecuentaba los salones. Ni un hombre de su talento observador necesitaba, para percatarse de lo que estos salones encubrían, ceñir a diario el frac y bailar los consabidos valeses y rigodones, ni habían de faltarle buenas fuentes de información. Ya la Pardo Bazán decía que en *La Montálvez* había un “colaborador moral”, no sin añadir que “la residencia en provincia o la confinación en círculos esencialmente mesocráticos, aunque sean de la corte, son obstáculo invencible para ciertas empresas, no tanto por lo *que dejan ignorar*, como por lo *que sugieren*.” Si en vez de pintar un medio aristocrático hubiese llevado al papel algún cuadro de la clase baja, como doña Emilia lo hizo alguna vez, no hubiera sido obstáculo para la verdad del colorido el no haber convivido con menesterosos y hampones.

¿Le sería preciso a Pereda, ni a nadie, frecuentar los salones para dar como auténticos, sin temor a errar, ciertos hechos, como el matrimonio de Leticia con el general Ponce de Lerma y sus consecuencias, o la organización y corruptelas del *Spori-*

*Club*, u otros mil pormenores llenos de verdad en que la novela abunda? En los dos artículos críticos que *Pedro Sánchez* publicó en *La Epoca* al aparecer la novela, decía con razón que muchos, sin el poder del genio, trasladarán torpemente al papel cosas que han visto y que, sin embargo, parecen irreales, mientras que Pereda sabía reproducir fielmente “escenas de colegios franceses que no vió jamás, y fiestas espléndidas a las que no quiso asistir, y hábitos aristocráticos que no se avienen con su carácter, y costumbres mundanas de que siempre ha huído.”

Pero es que algún crítico hasta llegó a negar verosimilitud al episodio de Luz y de sus amores. ¿Por qué? Sin duda por parecerle imposible que una damisela de la aristocracia, máxime teniendo una madre como la suya, se enamorase de un joven modesto, por muy artista y muy espiritual que fuese. Como si el novelista no lo llevase todo por sus pasos contados y conforme a la lógica más estricta.

Cuando tan afanosos andaban los literatos por conciliar los que todavía llamaban *recursos románticos* con los naturalistas, esto les debía haber parecido dé perlas. Y así le parecía, en efecto, a *Clarín*: “Cuanto se refiere—decía—a la vida y muerte de Luz, sus paradisiacos amores, su exquisita sensibilidad, es de innegable belleza; pero de belleza idealista, de esa que muchos no admiten por parecerles *inverosímil*.”

Si algo se apartaba de la realidad en *La Montálvez*, eran las palabras y no los hechos; no ya sólo por la forma, sobradamente literaria, con que Verónica se expresaba en sus memorias, sino por algunos diálogos sueltos, que serían el motivo principal de que los timoratos se asustasen. Algunas de las declaraciones que Sagrario y Leticia hacen a su amiga Nica, así como la conversación que ésta, tras un cambio demasiado brusco, sostiene con D. Mauricio, al hablar de la boda, pasan un tanto de la raya.

No faltaron críticos, entre los que hablaron de *La Montálvez* a raíz de su publicación, que huyeron tanto del elogio incondicional como del reproche sistemático, y procuraron poner de relieve así las bellezas como los defectos. Entre estos últimos, acaso el más saliente es la prolijidad. Claro es que la época literaria, con el consabido estudio del “documento humano” y

con el afán escrutador que llevaba a descubrir y describir las cosas más pequeñas, así lo demandaba; mas Pereda no lo hacía por influencias de escuela—no necesitaba ser discípulo de nadie—, sino porque su natural temperamento le llevaba al examen pulcro y meticulado. En *La Montálvez*, más acaso que en otras novelas de Pereda, pudieran citarse muchas ampliaciones innecesarias, excesiva abundancia de reflexiones propias o ajenas, acopio inmoderado de pormenores superfluos. *La Montálvez* hubiera podido contenerse en un tomo de 100 páginas, siempre, claro es, que se tratara de ir derechamente “al grano”; porque de seguir en toda ella el procedimiento minucioso que domina en algunas páginas, o de trazar con detenimiento la historia de las tres generaciones que figuran en la novela—la del Marqués de Montálvez, la de Verónica y la de Luz—, aún Pereda se hubiera quedado corto en las dimensiones del libro. Así lo entendía *Clarín*, según el cual la novela va con mucho apresuramiento. Y lo que ocurre ciertamente es que, como el autor se demora en muchos lugares, ha de dar de vez en cuando una “carrera” para no retrarsarse demasiado.

Nunca se encarecerá bastante la prestancia del estilo de Pereda. La pureza del habla castellana, tal como sale de sus pristinas fuentes, queda siempre inmaculada al roce de su pluma. Bástale para ello dejarse llevar de su casticísima vena, de su perfecto conocimiento del lenguaje popular, depurado y enaltecido por su fina percepción artística. Por eso creo observar que cuando Pereda trata de ser *más* hablista, es cuando menos lo parece. Es decir: cuando pule y retoca la expresión, cuando hace propósito de construir las cláusulas con rotundidad clásica, cuando se engola, en una palabra, viene irremediablemente a dar en la rigidez o en la afectación. Ello contrasta con aquellas otras páginas, la mayoría, en que el estilo corre suelto, sencillo, pero no menos elegante por eso. El *cervantinismo* perjudica a Pereda. Esto ocurre pocas veces, por fortuna.

La tacha de inmoral, aplicada por cierta clase de lectores a *La Montálvez*, cundió no poco. Hasta en lugar tan remoto como Caracas tuvo que escribir Gonzalo Picón Tebres, ya algún tiempo después de publicada la novela, un artículo titulado *En defensa de Pereda*, como protesta contra el autor de cierto ata-

que que era “un grito inexplicable, una oficiosidad maligna, una blasfemia contra el arte” (1). Justificaba el excelente crítico venezolano la tendencia y propósitos de *La Montálvez*, con calurosos elogios a Pereda, y añadía: “Artista honrado, evangelizador sincero, apóstol convencido: hé aquí lo que es el autor de *Pedro Sánchez*, el santanderino ilustre, el solitario de Polanco; y en el fondo de su admirable obra literaria, magnificada por un arte exquisito, se ve, desde el principio hasta el final, una tendencia útil, un designio generoso, un propósito de resistencia heroica para todo lo que él cree disociador y disolvente.”

Tres años después de *La Montálvez* publicóse *Pequeñeces*, del P. Coloma, con tendencias y móviles bien parecidos. Aquí el autor no era ya un *provinciano* desconocedor de la vida de sociedad: era un padre jesuita, de gustos bien aristocráticos, sólidamente informado en los secretos del *gran mundo*. La intención de *Pequeñeces*, digámoslo claro, era más malévola que la de *La Montálvez*; los rasgos de sus personajes, más propíncuos a interpretaciones personalistas. *Pequeñeces*—que está, como novela, muy por bajo de *La Montálvez*—, dió origen a más largas y empeñadas discusiones que la novela de Pereda. ¿Acaso el P. Coloma era inmoral? ¿Era un falsario? No hicieron ahí principalmente hincapie sus contradictores, sino en la dureza de la lección y en la posibilidad de ciertas crueles alusiones, aunque el novelista hubiera dicho—nótense sus palabras—que “se halla muy distante de pretender herir personalidad alguna, por despreciable que le parezca.”

La verdad—la verdad novelesca—de *La Montálvez*, aparecía corroborada por *Pequeñeces* y por la relativa conformidad con que los modelos del P. Coloma, ya que no los fotografiados, aceptaron el traslado. Hoy dejamos a un lado el valor y alcance de tales rencillas, y vemos desapasionadamente en *La Montálvez* una novela primorosa, que tan excelente obra literaria sería pintando los vicios, más o menos abultados, de aquellos aristócratas; como las aventuras de cualquier Rincón o Cortado del siglo XIX.

Valladolid, diciembre 1932.

Narciso Alonso Cortés.

---

(1) “Notas y Opiniones”, Caracas, 1899.